



Son palabras

Hacer lo ajeno propio y lo propio ajeno: Literatura y ciencias sociales

Gloria María Prado Garduño

Universidad Iberoamericana, Ciudad de México

Resumen

En este texto se plantea la confluencia de intervenciones en la literatura desde diferentes plataformas teóricas de distintas disciplinas, con lo que se hace posible enlazar una diversidad de epistemes y formas consecuentes de actuar, en una red epistémica, inter y transdisciplinaria. Tales plataformas teóricas son las que proporcionan la teoría y la crítica literarias, la filosofía actual, los estudios de género, la antropología social, la sociología de la literatura y la literatura propiamente dicha a través de obras de ficción. Se intentará realizar una cartografía en la que interactúen tanto lo *propio* como lo *ajeno* y se haga posible crear otras miradas críticas que conduzcan a visibilizar horizontes culturales más providentes.

Palabras clave

Literatura, género, cuerpo, ciencias sociales, cartografía.

Como siempre, la práctica está justificada por la teoría.

Los estudios comparados entre culturas sin relación de intercambio cultural o sin tradiciones compartidas eran rechazados por impresionistas o por falta de peso intelectual.

Earl Miner.



12

Interpretextos

24/Otoño de 2020, pp. 11-27



Título: 2 (fragmento), de Héctor Miguel Guerrero Aburto

Making what is someone else's yours, and what is yours someone else's: Literature and Social Sciences

Abstract

This text poses the conjunction of interventions in literature from various theoretical platforms of different disciplines, which makes it possible to connect a diversity of epistemes and consequent ways of acting, in an inter- and transdisciplinary epistemic network. Such theoretical platforms are provided by literary theory and criticism, contemporary philosophy, gender studies, social anthropology, sociology of literature, and literature itself through works of fiction. The present text will attempt to create a cartography in which there is an interaction with *what is yours* as well as with *what is someone else's*, making it possible to create other critical approaches which will lead us to visualize more provident cultural horizons.

Keywords

Literature, gender, body, social sciences, cartography.

Introducción

¿Cómo referirse a lo ajeno desde lo propio, si es que comprendemos qué es lo propio y lo ajeno, y cómo referirse a lo propio como ajeno? Si reflexionamos por un momento acerca de qué es lo que podemos entender desde nuestra cultura en el aquí y ahora como lo propio, tendremos que cuestionarnos acerca de este momento histórico que vivimos, no sólo en nuestro país sino en el mundo entero. ¿Cómo ignorar que nos desempeñamos en un ámbito internacional en el que diversas culturas, muy distantes entre sí por distintos factores, se entrecruzan en un tejido imposible de desmadejar? A través de los medios de comunicación, de las redes sociales y de otras posibilidades de acceder a la información, podemos enterarnos de acontecimientos, concepciones del mundo, formas de vida, creencias y prácticas religiosas, organizaciones políticas y mucho más. Partiendo de este planteamiento podemos ahora volver los ojos hacia la geografía social para intentar llevar a cabo una cartografía que aglutine y disponga ciertas epistemes, acciones y teorías que inciden en la literatura. Para ello me valdré de la definición de Abilio Vergara acerca de lo que entiende por cartografía:

El mapa, mental o cartográfico, permite introducir recortes en la continuidad, localizando lo social en sus más variadas dimensiones, permitiendo intervenir en la realidad con menor ansiedad y mayor seguridad y eficacia. El mapa como construcción del espacio tiene un poder orientacional e institutivo, y su diversa construcción reconstituye también nuestra relación con el tiempo (Vergara, 2003: 276).

Apegándonos a esa propuesta, podríamos iniciar un recorrido conducente a lograr una relación entre diversas disciplinas desde los lugares donde han prosperado, así como un diálogo con otras formas del saber y del conocimiento, las que entrecruzadas —como arriba se señalaba— pudieran crear y abrir nuevos horizontes comprensivos con los que puedan interactuar a partir del moldeado de una cartografía. Tal vez una forma posible, aunque no exclusiva, de lograrlo sería dirigirnos al campo de los estudios culturales, ya que propician justamente la no adscripción a una sola teoría o metodología encrip-tadas en una disciplina o campo del saber, sino que proclaman una



amplia apertura a muchas posibilidades desde una postura antidisciplinaria. No obstante, a pesar de su posicionamiento, paradójicamente la academia ha sido el ámbito en el que han prosperado y el lugar desde donde actúan y se afirman tales estudios.

Transitando por el espacio de la cartografía, en mi caso particular puedo sostener que, aun cuando he incursionado en el campo de los estudios culturales y he podido navegar por sus aguas, mi formación no está inscrita en las ciencias sociales, como pueden ser, por mencionar algunos ejemplos: la etnología, la antropología social, la etnoeconomía, la sociología y otras más que constituyen el horizonte principal desde el que se enfocan tales estudios. Sin embargo, a partir de las perspectivas en las que me sitúo —literaria, filosófica, psicoanalítica y estudios de género—, he podido acceder a ciertos ámbitos estrechamente ligados con dichas disciplinas o, si se prefiere, campos del saber acogidos bajo el amplio paraguas de las ciencias sociales. De ahí que, a través de las humanidades, y especialmente de la literatura, me encuentre con esas otras perspectivas de continuo, no sólo a través de la lectura y la búsqueda de comprensión de los textos, sino en una relación dinámica y de agencia.

De la literatura en su relación con las ciencias sociales

La literatura, como bien sabemos, crea mundos posibles que se encuentran solo en las obras literarias y que apuntan referencialmente a la realidad. De ahí que cree cartografías por las que puede, quien lee, desplazarse. Vergara sostiene que: “un proceso cartográfico [...] privilegia el espacio, [pero] no prescinde de la significación y la emotividad” (2003: 225). Al leer y movernos por el espacio cartográfico, conocemos aspectos de una realidad que nos son extraños, *ajenos*, que no hemos vivido, de los que ni siquiera tenemos noticia y en los que, gracias a los textos literarios, podemos llegar a adentrarnos. Sería algo equiparable a los estudios de campo de las ciencias sociales, en los que se va de lo *propio* a lo *ajeno* (a propósito del título de este texto) y se busca descifrar y comprender lo desconocido para *hacerlo propio*. Se me replicará a este respecto que no hay analogía posible, puesto que se trata, en el caso de los primeros, de seres humanos, situaciones, problemáticas reales..., mientras que la literatura crea personajes, circunstancias, acontecimientos, even-

tos de ficción, que no existen en la realidad. A lo que yo, a mi vez replico, que un estudio de campo queda acotado a ciertas circunstancias, lugares, situaciones, tiempos..., mientras que la literatura permite en ese transitar cartográfico abrir espacios y tiempos abarcadores de la totalidad de la experiencia humana, intersubjetiva, de la relación del ser humano con la naturaleza, con los otros, con sus carencias, aptitudes, posibilidades, a la vez que se constituye en un campo de conocimiento.

Y siguiendo en este transitar cartográfico encontramos que por muchas razones los grandes temas literarios son el amor, la vida y la muerte en todas las posibilidades imaginables, mismos que sustentan precisamente los ejes sociales, políticos, económicos, psicológicos, afectivos y sentimentales, que nos mueven a lo largo de nuestra trayectoria vital. Las grandes obras literarias reconocidas mundialmente lo son no solamente por el virtuosismo de su creación literaria, sino por su dimensión ontológica y epistémica: todo aquello que está implícito precisamente con relación a los ejes previamente señalados.

A continuación nos encaminamos en este recorrido cartográfico a América Latina donde, a pesar de que los críticos y estudiosos de la cultura en general no han dejado de lado el colonialismo académico que nos ha sido heredado, ha habido —en el siglo XX— un buen número de ensayistas que han puesto los ojos sobre aspectos particulares de la literatura y de las culturas consideradas latinoamericanas como: José Enrique Rodó, Bolívar Echeverría, Ángel Rama, Emir Rodríguez Monegal, entre algunos más. Otros teóricos y críticos que se han enfocado exclusivamente en la literatura se han dividido entre aquellos cuyas propuestas teórico-críticas se concentran en obras y movimientos de creación literaria, y otros quienes han generado obras que se preocupan por recrear particularidades de diversas culturas, como las indígenas, muy diferentes entre sí, mediante la escritura de textos de ficción que abrevan en ellas y, al hacerlo, intersectan necesariamente en registros propiamente sociológicos, psicológicos, antropológicos, religiosos..., así como sucede también con los relatos de *la tierra* y aquellos que versan sobre *civilización y barbarie*, contribuyendo de esta manera a la construcción de esa cartografía que aquí se propone.



Con el objetivo de ejemplificar lo anterior, me referiré a un caso en concreto: Rosario Castellanos, para continuar desplazándonos en nuestra cartografía. Rosario Castellanos (1925-1974), escritora, filósofa y ensayista mexicana chiapaneca, fue atendida y cuidada por una indígena tzeltal quien le enseñó no sólo palabras en esa lengua, sino que le comunicó y compartió un mundo mítico. Mundo, engarzado en el pensamiento mágico, muy diverso del de la niña, configurado este por el de la clase social alta, provinciana, que despreciaba y rebajaba a *los indios, el otro, los extraños inferiores*, a quienes se explotaba, discriminaba (y se sigue haciendo). Ya joven, Rosario —separada de su niñera y de los demás tzeltales y radicando en la Ciudad de México— ingresó al Instituto Nacional Indigenista en 1958 donde continuó hasta 1961. Decidió entonces, entre otras actividades relacionadas con su trabajo, regresar a las tierras que habitaban y habitan aún los tzeltales con la finalidad:

de convencer, de compartir, de comunicar. Y como los medios de comunicación más inmediatos no eran siquiera las figuras (porque los objetos les resultaban difícilmente reconocibles a través de los signos con los que hemos convenido en mostrarlos) había que recurrir a la palabra escrita, hablada; no inerte, en movimiento; no abstracta, sino revestida de una encarnación (Castellanos, 1949: 30).

Para ello, ideó llevar a cabo representaciones con guiñoles, el teatro Petul, y otros recursos que ella creó o que pudo aprovechar. A este respecto, según palabras de la misma autora:

Si para los manipuladores del guiñol, era impreciso el límite entre lo real y lo imaginario, mucho más tenía que serlo para el auditorio. A nosotros (¿quiénes éramos, después de todo, sino una ladina, una enemiga por [sic.] su raza, y seis renegados de la suya?) era posible vernos con desconfianza y tratarnos con reticencia. Pero cuando reflexionaban en que éramos también los portadores de Petul, se les borraba el ceño y se volvían hospitalarios y amables. A Petul le regalaban naranjas, porque las caminatas tal vez le daban sed. A Petul le barrían los atrios o los templos o los patios de las escuelas para que su recibimiento fuera digno de su rango. A Petul se le solicitaba para padrino de los niños, para influencia benéfica sobre

los animales. Petul hubiera sido huésped de honor de las celebraciones religiosas, hubiera presenciado los ritos secretos, hubiera presidido las ceremonias últimas. Petul, en quien veían a un protector de la felicidad de la tierra y de los hombres. Petul, de quien quisimos hacer un *hombre de razón* y se nos convirtió en un mito y en una fuerza natural (Castellanos, 1949: 31).

“Petul” el personaje, tomó vida con tal magnitud que hubo que hacerlo desaparecer y terminar con el teatro guiñol. Esta experiencia fue estudiada, analizada, interpretada por diversos sociólogos, antropólogos y psicólogos que trataron de comprender aquello que les era ajeno desde lo propio. Esto es, cómo era posible que los espectadores creyeran que Petul era un personaje real, un héroe incluso, y que lo adoptaran como un santo patrón, entre otras posibilidades. Aquí cabría formular una pregunta: ¿realmente es posible intentar desde lo *propio*, en este caso una cultura mexicana (*ladina*) occidentalizada, *integrar* las culturas, pensamientos, visiones del mundo y más de esos pueblos originarios, lo *ajeno*, a lo *propio*? En este caso constituyó un fracaso para los creadores del teatro Petul sobre los que la diversa manera de concebir la realidad y la afectividad de los tzeltales se impuso al hacer imposible pasar de lo *ajeno* a lo *propio* y viceversa.

En la misma línea, Castellanos escribe *Balún Canan* (1957), novela en la que recrea ficcionalmente, a través de una personaje-niña, lo que vivió en la infancia, la relación con la nana tzeltal y el corpus mitológico que le fue introyectado por ella. Entonces, de nuevo, surge la misma interrogante respecto a la incorporación, en una novela, de una cultura totalmente ajena: ese mundo mítico de pensamiento mágico y el desprendimiento de sus raíces a una población, esa población que tiene su propio gobierno, su lengua, su forma de vestir, sus curanderos y parteras; esto es, su medicina ancestral, su religión sincrética y muchos aspectos más. ¿Con qué objetivo habría de incorporárselos a una cultura capitalista, extraña del todo para ellos y con la que no podrían interactuar? La gran duda acerca de cómo poder discernir: si actuar mediante la colonización en la creencia y con frecuencia en el ideal de que las condiciones de vida de estos pueblos indígenas mejorarán al tener acceso a otras posibilidades



sociales, políticas, económicas, religiosas, culturales, en una palabra de la nación, o bien, dejarlos sin colonizar, en el estado en que se encuentran.

Ante esa duda, lo que se cuestiona de continuo es la preservación de la identidad colectiva, y cómo no atentar contra ella. Interrogante que resulta muy difícil de responder, ya que en la práctica esto no ha sido posible debido a una serie de circunstancias, de factores de poder, apropiación de las tierras, explotación, discriminación..., a pesar de los estudios multidisciplinares de sociólogos, antropólogos sociales, psicólogos y otros investigadores de las ciencias sociales. Pero justamente, como lo sostenía al principio, la literatura posibilita el conocimiento mediante la ficcionalidad de las situaciones de pobreza, de injusticia social, de carencia de recursos de toda índole, de discriminación étnica y racial, a través del arte de la palabra. A este caso y a esta novela, *Balun Canán*, podemos agregar una lista extensa de obras literarias, las cuales conforman el *corpus* de la llamada novela indigenista, en la que se plantean situaciones y problemas semejantes. Pero aun cuando algunos de los autores y autoras han convivido con poblaciones indígenas, como Rosario Castellanos, están escribiendo desde la periferia a partir de una mirada colonialista y mesiánica. Al hacerlo, inciden en un registro inevitablemente sociológico, por lo que sus obras se han estudiado desde perspectivas emanadas de la sociología de la literatura con lo que, de nuevo, se pueden establecer vínculos desde diferentes epistemes y continuar el trazado de una cartografía.

No obstante, como sostiene Edmond Cros, uno de los sociólogos de la literatura más reconocidos:

La sociología de la literatura constituye un conjunto complejo y heterogéneo en el que coinciden algunas de las grandes disciplinas de las ciencias sociales (historia general, historia de las ideas, lingüística, filosofía, psicología, semántica, semiología...). Cada una de estas disciplinas delimita el objeto que trata de construir en función de objetivos, de teorías y de aparatos conceptuales que le son propios, lo cual da la impresión de un cuarto desordenado y fragmentado en busca de una coherencia.

Por otra parte, entre todas las perspectivas a partir de las cuales se puede abordar el fenómeno literario, la sociología de la literatura configura el espacio crítico más abiertamente vincu-

lado a los juicios filosóficos e ideológicos, y no es raro constatar en ella tomas de posición que a veces se sitúan en las antípodas unas de otras (Cros, 1993: 45).

Por tanto, se puede argumentar que la sociología de la literatura reúne, como afirma Cros, una confluencia de epistemes que interactúan críticamente tomando como objeto de estudio las obras literarias, por lo que estamos ante la presencia de un fenómeno de interdiscipliniedad absoluta, aunque *caótica*. Y ha de advertirse, adicionalmente, que se trata de enfoques o perspectivas para aproximarse a los textos literarios que prescinden, hasta cierto punto, de la literaturidad.

Abundando en el diseño de la cartografía al que contribuye en gran medida la cita de Edmond Cros, me dirigiré a otro ejemplo importante en este sentido, que puede enlistarse con las novelas de Castellanos y otros escritores indigenistas, como es *El Diosero* (1952), un libro de relatos escrito por Francisco Rojas González (1904-1951. Etnólogo, etnógrafo, sociólogo, antropólogo, escritor y guionista mexicano), quien escribió sus relatos con base en las observaciones y vivencias en trabajos de campo que abarcaban distintas regiones del país habitadas por pueblos indígenas, donde realizaba sus investigaciones transdisciplinarias e iba dibujando *mapas* que se constituían en múltiples cartografías. A partir de teorías y prácticas diversas con un equipo multidisciplinario conformado por psicólogos, sociólogos y antropólogos sociales, Rojas González tomaba apuntes, laboraba con sus compañeros y posteriormente escribió su libro más famoso y reconocido: *El Diosero* (1952). En los relatos recrea literariamente creencias religiosas, mitos, ritos, prácticas curativas, organizaciones sociales comunitarias y formas de gobierno de esos pueblos indígenas; además de estar forjado él mismo multidisciplinariamente, crea su literatura desde tal perspectiva que configura literariamente un complejo epistémico inter y transdisciplinar que proporciona variados conocimientos de diversas culturas nativas de nuestro país. De esta manera se puede suscribir lo que se afirmaba en un principio: la literatura crea mundos ficcionales posibles que constituyen diversas maneras de aproximarse a ámbitos, circunstancias, formas de concebir el mundo que de otra manera no sería posible conocer.



Ahora nos dirigimos a Ciudad de México y no a las poblaciones originarias, y citamos otro ejemplo más de lo anterior, constituido por los escritos del antropólogo estadounidense Oscar Lewis (1914-1970). Sus obras más conocidas son *Antropología de la pobreza. Cinco familias* (1961) y *Los hijos de Sánchez* (1961); en ellas, como el subtítulo de la primera lo indica, lo que realiza es una antropología de la pobreza a partir de su trabajo de campo en Ciudad de México, con cinco familias, de las cuales una pertenece a una clase social alta y las demás a estratos sociales, económicos y culturales más bajos, aunque no de extrema pobreza. Lewis estudia, entrevista y graba las maneras de vivir de las personas que integran dichas familias y toma una: la de Sánchez, quien —a su vez— tendrá simultáneamente otras familias. Sin duda se trata de un estudio socioantropológico, pero configurado literariamente a partir de las entrevistas grabadas que realizó a las personas de su estudio. De esta manera, la formación antropológica de su autor, unida a la capacidad de ficcionalizar los resultados de su investigación, reúne dos ámbitos narrativos que dan cuenta de situaciones sociales específicas de Ciudad de México, conjuntando arte y ciencia. Y, en este caso, coincido nuevamente con Vergara, quien, refiriéndose a la ciudad de Montreal, afirma que se teje “una red afectiva y significativa, trazada a partir de sus recorridos diversos, con múltiples matices en los que el ciudadano ancla momentáneamente para ‘estar’, el paso del tiempo” (Vergara, 2003: 225).

De nuevo, gran cantidad de estudios sobre estas obras ha incidido en la sociología de la literatura, en teorías y críticas literarias de cuño psicológico; esto es, psicosociocrítica o sólo psicocrítica y acercamientos propiamente literarios desde plataformas diversas en el enfoque de dichos textos. Todo ello ha contribuido a proporcionar, a partir de distintas y variadas disciplinas, entrelazadas, nuevas formas de conocimiento de modos de vida, concepciones del mundo, de creencias y posicionamientos sociales y políticos mediante la literatura, en esa cartografía multiepistémica y artística creación literaria; entonces, como revelación, denuncia, creada y enfocada desde teorías y críticas tanto referentes a la literaturidad, como a la antropología y a la sociología. Pero, además, todo ello abarcando aspectos o criterios de raza, etnicidad, color, género, religiosos,

políticos, que intersecan en diversas disciplinas y expande nuestra cartografía. Cada uno de esos enfoques va proporcionando, a guisa de un caleidoscopio, variadas posibilidades de aproximación crítica que tendrán que irse ponderando sin dejar de relacionarse y hacerlas hablar conjuntamente, con lo que se podría afirmar que estaríamos muy cerca de los estudios culturales, como más arriba se señalaba.

Ahora bien, sería posible ir abordando cada una de tales disciplinas o plataformas teóricas con el objetivo de dar cuenta de la manera en la que se podría establecer una relación entre diferentes epistemes, para ello he recurrido a la representación de una cartografía porque, de no hacerlo, sería, aunque muy interesante, una tarea inmensa.

Literatura y estudios de género

En ese mismo campo multidisciplinario y de saberes diversos nos encontramos cartográficamente en la actualidad con los estudios de género, que constituyen una de las vertientes que están en el horizonte de las investigaciones y agencias políticas. Así como antes me referí a los estudios culturales y a las ciencias sociales en esa relación interepistémica y con la literatura, ahora dirigiré la mirada para enfocar el horizonte de los estudios de género y su relación con el arte literario.

Podemos ubicar el inicio de los estudios de género a finales de la década de los sesenta y a principios de los setenta, aunque mucho antes, desde el siglo XVIII se habían iniciado propuestas feministas variadas y distintas, principalmente hechas por escritoras, activistas políticas (sufragistas muchas de ellas), filósofas y psicólogas, etcétera. Algunas fueron perseguidas, asesinadas o acalladas; entre las más reconocidas, y sólo para proponer unos ejemplos, se cuentan: Virginia Woolf, Rosa Luxemburgo o Aleksandra "Shura" Mijáilovna Kolontái, pero hay muchas más. En México, la escritora Josefina Vicens destaca también como una feminista propositiva y activa, entre otras. Los movimientos feministas fueron aumentando en Europa, Estados Unidos, Canadá, México y otros países latinoamericanos como Chile, Uruguay, Argentina y Brasil; sin embargo, no se trata del *feminismo* como se suele afirmar, sino de distintas y



diversas posturas, propuestas, criterios y conceptos feministas que se formulan y se llevan a la teoría y a la práctica, muchos de ellos incluso divergentes. En esas diferencias y distinciones juegan un papel determinante los factores culturales, de clase social, de color, de raza, de etnia, de preferencias sexuales, así como los históricos, económicos, políticos y religiosos; todo ello genera un abanico enorme de posibilidades con relación al mal llamado *feminismo*. Tales acciones, posturas, reflexiones, posicionamientos, conceptualizaciones, fueron abriendo paso a los estudios de género que con frecuencia se identifican erróneamente con los estudios feministas, que forman parte de los estudios de género y no al revés. Estos incluyen las investigaciones y propuestas sobre masculinidades, ya sea heterosexuales, *queer* o cualquier otro de las variedades de práctica sexual: LGTTTIBAQ+ con sus variables en cada una de estas categorías que no son cerradas, sino abiertas a mayores posibilidades. Y con tales estudios se entretajan otros como aquellos sobre colonialismos, postcolonialismos, orientalismos, multiculturalismos, etcétera. Así se genera una inter y transdisciplinariedad en la que dialogan, interactúan y pueden llegarse a plantear otras teorías y prácticas. Se escucha una polifonía, coro de voces divergentes que visualiza, desde diferentes perspectivas, sus situaciones, deseos, búsquedas, logros, frustraciones.

De este modo, se propone hacer diferencias en los planteamientos teóricos con respecto a las mujeres: negras y mulatas, chicanas, latinas, orientales, ya que no es lo mismo que ser blancas (anglosajonas). Tales diferencias deben visualizarse y tratarse desde diferentes ángulos y situaciones, pero aún dentro de éstas hay también grandes divergencias, ya que más allá de cuestiones raciales (étnicas) hay preferencias sexuales distintas, pertenencia a clases sociales diversas, religiones, posibilidades de desarrollo personal, niveles de estudio, discriminación social o laboral, prácticas transexuales o de género, posturas *queer*, etcétera. Lo mismo ocurre con los hombres homosexuales, chicanos, negros, mulatos y cualquier variante antes mencionada. El campo de estos estudios es inmenso, ha proliferado de manera ascendente en prácticamente todo el mundo, en algunos países con oposición absoluta, sobre todo debido a cuestiones religiosas, y aun cuando se dice que se aceptan,

han sido satanizados por ir en contra de *lo natural*, por considerarse perversiones (patologías), y no aceptan de ninguna manera lo que no esté inscrito en una concepción heteropatriarcal o logofonofalocéntrica. Pero, ¿por qué traemos a colación este panorama de los estudios de género en ese contexto de las diferentes epistememes?, y ¿qué tienen que ver con lo *propio* y *ajeno*? Precisamente porque las aproximaciones a este fenómeno que día a día se evidencian con mayor frecuencia y poco ocultamiento —como no ocurría anteriormente— son multiculturales, interdisciplinarias, transdisciplinarias. La filosofía, la historia, las teorías y críticas literarias, la medicina, la biología, las propuestas religiosas, la sociología, la antropología social y filosófica, la psiquiatría, entre otras disciplinas, han desplegado plataformas de estudio sobre lo que acontece al interior de tales situaciones, a la par de que cada vez más se explicitan, mediante conductas que tienden a ser diferenciantes, búsquedas de afirmación de identidades diversas del binomio masculino/femenino, tanto biológicas y psíquicas como de agencia. Y esa cantidad de disciplinas que dialogan, se contraponen y se retan, trae como consecuencia la aportación de un buen cúmulo de variadas epistememes. Cada una propone formas de conocimiento que van revelando campos del saber que hasta ahora eran desconocidos y que, además, se vinculan con las artes: la literatura, la pintura, la escultura, el cine, el teatro, documentales, series televisivas, performances, etcétera.

Para ilustrar tales afirmaciones, volveré aquí en esta cartografía a la literatura, especialmente la escrita por mujeres hacia el último tercio del siglo XX y principios del XXI en México. Delimito, pues, temporal y espacialmente, la muestra de la que me valdré con esta finalidad.

El *cuerpo* se constituye en un tópico constante en los estudios de género y la literatura lo enfoca especialmente, para muestra algunas novelas que incluyen la palabra cuerpo explícitamente: *Cuerpo naufrago* (2005) de Ana Clavel, *El cuerpo en que nací* (2011) de Guadalupe Nettel, *El cuerpo expuesto* (2013) de Rosa Beltrán; hay otras que, aun cuando no mencionan la palabra en el título, lo refieren a lo largo de toda la trama o, bien, se constituye en el protagonista de la obra, como *El animal sobre la piedra* (2008) de Daniela

**Interpretextos**

24/Otoño de 2020, pp. 11-27

Tarazona, *Las violetas son flores del deseo* (2007) de Ana Clavel, *Los ingravidos* (2011) de Valeria Luiselli, *Los abismos de la piel* (2013) de Lourdes Meraz, *Rímel* (2013) de Karla Zárate, o *A la intemperie* (2014) de Aline Pettersson.

En varias de estas novelas el cuerpo experimenta transformaciones, como es el caso en *Cuerpo náufrago*, que lo hace en el aspecto del género: el cuerpo de mujer se torna en cuerpo masculino, prodigiosamente, con un cambio de genitales, y las necesidades de ese nuevo hombre, Antón (en lugar de Antonia) de actuar como tal; o en *El animal sobre la piedra* donde la metamorfosis es de un cuerpo de mujer a un cuerpo de saurio o reptil; mientras que en *A la intemperie*, los cuerpos que se van transformando, decayendo, deteriorándose por el proceso de envejecimiento. La involución de los cuerpos humanos tal como los tenemos y conocemos hoy en día, a guisa de mutaciones de la especie. Cuerpos que en lugar de evolucionar, siguiendo la propuesta darwiniana, son manipulados por la alimentación, la tecnología y otros factores relacionados, y sus mentes sólo habitan en el espacio virtual, tal es el caso de *El cuerpo expuesto*; o bien, cuerpos desdoblados mujer/hombre, hombre/mujer, ¿hermanos gemelos, incestuosos, productos, tal vez, del quimerismo, uno solo o dos?, como se muestra en la novela *Rímel*. Defectos en la conformación del cuerpo, es el caso del *Cuerpo en que nací*, donde la protagonista afirma: “Nací con un lunar blanco, o lo que otros llaman una mancha de nacimiento, sobre la córnea de mi ojo derecho” (p. 11), lo que da lugar a una serie de limitaciones y diferentes maneras de ver el mundo con relación a las otras personas. Y también, en *Los ingravidos*, cuando los cuerpos pierden su peso y se tornan ingravidos, fantasmas que deambulan, se pueden ver y ellos pueden ver, pero solamente son fantasmas con apariencia de seres humanos vivos que interactúan con otros cuerpos con peso y carnales. En todas estas novelas los cuerpos de los protagonistas son los protagonistas mismos.

Sufren todos enormes transformaciones que no entienden, son ajenas a su conciencia y a su voluntad. No se trata solamente de cuerpos exteriores —los que se pueden ver a simple vista, máxime en esta época en la que los cuerpos de mujeres y hombres, principalmente de entre los veinte y treinta años, se exhiben de continuo

casi desnudos, no en exclusividad en playas y lugares de veraneo, sino en la vida cotidiana o en las grandes celebraciones—; también comunican los dolores que les aquejan, que les ocurren en el interior y dan señales de que algo acontece dentro. Entonces recurren a la medicina y a la tecnología para buscar en la interioridad, en las vísceras, en los sistemas que conforman el organismo, más allá de la pura exterioridad.

Las novelas a las que me he referido incursionan justamente en todos esos registros. En ellas, ya no se limita como ocurría en las novelas del siglo XIX realistas y naturalistas, en las que se realizaba prosopografías exhaustivas de los personajes y se centraban en detalles como las uñas en forma de almendra, de Emma Bovary, sino que ahora se incursiona en la interioridad de los cuerpos, no únicamente desde una perspectiva psicológica, sino desde los que podríamos llamar su organicidad, esto es, el conjunto de órganos y sistemas que lo constituyen. De esta manera, aquello que nos era *extraño se torna propio*.

Entonces, ¿de qué cuerpos estamos hablando?, ¿se trata de cuerpos biológicos, de cuerpos materializados que ocupan un lugar en el tiempo y en el espacio, de cuerpos actualizados, de cuerpos que responden y actúan o no (performances) de acuerdo a las normas regulatorias que implanta el discurso patriarcal, de cuerpos moldeados por la cirugía plástica, por la transexualidad o deformados por los desórdenes alimenticios, de cuerpos vigorizados en el gimnasio como respuesta a la exigencia de una moda?

Así, la inscripción de los estudios de género, en este caso específicamente en su vertiente relativa al cuerpo, se realiza en los mundos ficcionales, por lo que podemos acceder a situaciones, sensaciones, emociones que de otra manera nos resultarían ajenas y extrañas y que contribuyen a ampliar la cartografía.

Conclusiones

En el trazado de la cartografía transito por la teoría y crítica literaria, la literatura en su relación con las ciencias sociales, en su incursión en los estudios de género, así como en atisbos a los estudios culturales y a la sociología de la literatura.



Interpretextos

24/Otoño de 2020, pp. 11-27

Termino, pues, con interrogantes, con cuestionamientos no resueltos, relativos a ese cúmulo de artes y epistemes que se entrelazan —como al principio exponía— en una cartografía que pudiera dar luz a las dudas acerca del entretejido de tales artes y disciplinas, cartografía que las acogiera y desplegara para que llegara a ser *propio* lo *ajeno*. Sólo internándose en esa red, moviéndose entre los hilos que la tejen y tratando de ir desmadejándolos con los recursos que contamos, siempre ampliándolos interdisciplinaria y transdisciplinariamente, podremos expandir horizontes y lograr una mayor comprensión de lo que hasta ahora nos resulta desconocido.

Referencias bibliográficas

- Beltrán, R. (2013). *El cuerpo expuesto*. México: Alfaguara.
- Castellanos, R. (1957). *Balún Canan*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Castellanos, R. (1965). Teatro Petul. *Revista de la Universidad de México*, XIX (5), pp. 30-31.
- Clavel, A. (2005). *Cuerpo náufrago*. México: Alfaguara.
- Clavel, A. (2007). *Las violetas son flores del deseo*. México: Alfaguara.
- Cross, E. (1993). Sociología de la literatura. En: Marc Angenot, Jean Bessiere, Doue Fokkama, Eva Kushner. *Teoría literaria* (pp. 140-171). México: Siglo XXI.
- Lewis, O. (1961). *Antropología de la pobreza. Cinco familias*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lewis, O. (1961). *Los hijos de Sánchez*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Luiselli, V. (2011). *Los ingrátidos*. México: Sexto Piso.
- Meraz, L. (2013). *Los abismos de la piel*. México: Terracota.
- Miner, E. (1993). Estudios comparados interculturales. En: Marc Angenot, Jean Bessiere, Doue Fokkama, Eva Kushner. *Teoría literaria* (pp.183-208). México: Siglo XXI.
- Nettel, G. (2011). *El cuerpo que en nació*. Barcelona: Anagrama.
- Petterson, A. (2014). *A la intemperie*. México: Alfaguara.
- Rojas González, F. (1952). *El Diosero*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Tarazona, D. (2008). *El animal sobre la piedra*. México: Almadía.
- Vergara, A. (2003). *Identidades, imaginarios y símbolos del espacio urbano. Quebec. La capitale*. México: CONACULTA.
- Zárate, K. (2013). *Rímel*. México: Suma de Letras.

Recepción: Marzo 24 de 2020.

Aceptación: Mayo 16 de 2020.

Gloria María Prado Garduño

Correo electrónico: gloria.prado@ibero.mx

Mexicana. Doctora en letras modernas. Profesora emérita de la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México. Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Su proyecto de investigación actual es: *Miedo, locura, violencia y género en la narrativa de escritoras mexicanas nacidas en las décadas de los 70 y 80*. Integrante del Taller de Teoría y Crítica Literaria "Diana Morán" (desde su fundación en 1984), dedicado al estudio de literatura escrita por mujeres mexicanas y latinoamericanas del siglo XIX a la fecha, así como teoría y crítica literaria feminista y estudios de género. Escrituras en contraste femenino/masculino. Ha publicado más de 70 artículos en revistas y capítulos de libros sobre literatura escrita por mujeres y estudios de género, así como libros sobre hermenéutica y teoría literaria, psicoanálisis, literatura y hermenéutica.



Serie: "El paisaje como generador de ideas"
Título: 6 (fragmento)
Artista: Héctor Miguel Guerrero Aburto